

Un millón de libros, un millón de historias...

El 20 de noviembre de 2007, durante la reapertura de la Biblioteca de Ciencias, el rector de la Universidad de Navarra, **Ángel José Gómez-Montoro**, y el director del Servicio de Bibliotecas, **Víctor Sanz**, repitieron una idea que parece obvia, pero que esconde a la vez un reto complejo y prolongado: “No puede haber investigación si no hay con qué investigar”. Es una frase que debió de rondar durante años a **Álvaro d’Ors**, que hace 47 años recibió de **san Josemaría Escrivá**, primer gran canciller del centro académico, el encargo de organizar la Biblioteca de la Universidad.

JAVIER MARRODÁN (COM 89)
CHUS CANTALAPIEDRA (COM 02)



EN LA ACTUALIDAD, casi medio siglo después, el Servicio de Bibliotecas dispone de unos fondos y de unos medios que resultaban impensables cuando echó a andar en 1961, en dos pisos de la calle San Antón y de la Plaza del Castillo. Entonces y ahora los objetivos de la Biblioteca eran básicamente los mismos: “facilitar el acceso a la información científica contenida en las publicaciones y documentos de los fondos propios, o de otras bibliotecas por medio del préstamo interbibliotecario”. Se trataba de apoyar la docencia e investigación que desarrolla la Universidad. Estaba enfocado en tres secciones: Humanidades, Ciencias Geográficas y Sociales, y Ciencias Experimentales, aunque en aquella época inicial los proyectos y las ideas eran casi más numerosos que los propios libros.

Hoy, la Biblioteca de Humanidades ocupa un impresionante edificio de hormigón, inaugurado en septiembre de 1998, que alberga 17.000 metros cuadrados entre las seis plantas y los tres sótanos. Sin embargo hubo un tiempo en el que todo fue mucho más sencillo, más familiar. **Ismael Sánchez Bella** lo recoge así en el libro *Los inicios de la Universidad*: “En los comienzos, las Bibliotecas eran modestas por falta de fondos. Recuerdo que en el tercer año sólo había 100.000 pesetas para libros de Derecho y 7.000 para los de Historia; el total de libros era de 2.794 volúmenes”.

Conchita Erviti Unzué, bibliotecaria ya jubilada, fue una de las que trabajó en la sede de

la calle San Antón. Se incorporó al Servicio en 1963 y ha conocido desde entonces las sedes de la Plaza del Castillo, el Edificio Central (1964), la Biblioteca antigua (1966), y finalmente el actual edificio. De los primeros años recuerda sobre todo cómo estaba organizada la Biblioteca, el buen hacer de su directora, **Nuria Orpi**, y de don **Álvaro**, y los ratos entrañables de trabajo que pasaba con sus compañeras. “Nos encantaba recordar una expresión que dijo don **Álvaro** en una ocasión que se subió en un autobús urbano. Para indicar su destino, señaló: ‘Yo me

apeo en cuarteles’. Desde entonces la utilizábamos nosotras”, comenta.

Conchita vuelve de vez en cuando al que fue durante muchos años su lugar de trabajo y donde asegura haber pasado más horas que en su propia casa. Llega sonriente, recorre una y otra vez las distintas estancias de la Biblioteca, saluda a quienes fueron sus compañeras de labor y habla con ellas. Aún recuerda cuando en una ocasión don **Álvaro** conoció a su madre y queriendo elogiarle hizo referencia al trabajo constante y silencioso que hacía **Conchita**. Su madre entonces levantó la cabeza y dijo: “Constante, seguro que sí, pero silencioso no lo tengo yo tan claro”.

A **Conchita** se le ilumina la cara cuando cuenta estas anécdotas de aquellos años: “No se me olvidará nunca cuando hice la primera prueba para trabajar en la Biblioteca de la Universidad. Estaba tan nerviosa que escribí Universidad de Navarra con ‘h’”, explica.

El recorrido que separa esos recuerdos del libro un millón esconde buena parte de la historia de la Biblioteca. Quienes la han vivido más de cerca son quienes mejor valoran las cifras actuales: “Este millón es nuestro”, comenta **Genoveva Arregui**, bibliotecaria en la Universidad desde 1970. **Juana Lajos**, bibliotecaria desde 1965 y recientemente jubilada, añade: “No hemos tocado todos los libros que hay, porque sería imposible, pero sí la mayoría”. Una cifra realmente elevada si se tiene en cuenta que la Biblioteca de Humanidades



Los libelos del doctor Infante, de Pedro Hagenbach (1500), uno de los incunables de mayor importancia del Fondo Antiguo de la Biblioteca.

De exposición

Con motivo de haber alcanzado la cifra de un millón de libros, la Biblioteca de la Universidad de Navarra organizó una exposición en el vestíbulo de Humanidades, y otra en Ciencias, desde el 20 de noviembre hasta el 21 de diciembre de 2007. En ellas se recogían una serie de libros representativos (los más antiguos, los más pequeños, peculiaridades...) la evolución de fichas de catalogación, así como una recreación de un puesto de trabajo de la biblioteca, con su antigua "pesebrera".



dispone de más de 42 kilómetros de estanterías, con las que se podrían dar quince vueltas al Campus de Humanidades de la Universidad de Navarra.

Genoveva y **Juana**, junto con **Conchita** y **Mayi Tellechea**, han trabajado muchos años en catalogación de libros, y guardan numerosos recuerdos de esta labor que hoy, con la llegada de la informatización, se ha simplificado y reducido notablemente. Antes el trabajo era muy artesanal, lo que a veces daba lugar a episodios curiosos: "Cuando recibíamos libros de donaciones -cuenta **Mayi Tellechea**-, solíamos encontrarnos con fotografías o recuerdos del donante. En una ocasión encontramos una factura de hotel y en otra una carta de recomendación de trabajo de una persona..."

Pero junto a ese tipo de aportaciones insospechadas, la Biblioteca iba reuniendo títulos

y ejemplares de indudable valor. Hoy contiene, por ejemplo, 83 incunables -libros impresos antes del año 1501- correspondientes a 80 ediciones diferentes, de las cuales siete no figuran en otras bibliotecas de España. En concreto, *Los libelos del doctor Infante*, de **Pedro Hagenbach** (1500), es uno de los incunables únicos del Fondo Antiguo y uno de los más importantes de la colección. Aunque el más antiguo es la obra de **Nicolaus de Tudeschi** que se titula *Lectura super secundo libro Decretalium* y data de 1477. Además, la Biblioteca dispone de libros de cuya existencia se llegó a dudar por desconocerse la localización de ejemplares como *Argumenta communia ad inferendum sophisticè unamquamque propositionem esse veram et esse falsam*, de **Nicolaus Michaelis** (1497).

Otros ejemplares antiguos llegaron como legados: "Nada

más trasladarnos del Edificio Central al antiguo de Bibliotecas -entonces recién edificado- llegaron documentos maravillosos y algunos eran incunables. Pero, ¡qué horror!, en qué estado se encontraban. **Arancha Zozaya**, **Nuria Orpi** y **José María Albareda**, segundo rector de la Universidad, los limpiaron cuidadosamente", relata **Juana Lajos**.

Con todo, la mayor parte del fondo se ha ido formando a lo largo del tiempo a partir de las solicitudes de libros o revistas que han ido haciendo sucesivas generaciones de profesores y de investigadores académicos. Pero además, una de las características que distingue a esta biblioteca universitaria del resto es el elevado número de donaciones que recibe. "Gracias a ellas hoy tenemos una muy buena colección", afirma **Rocío Serrano**, subdirectora del Servicio de Biblio-



Álvaro d'Ors –segundo por la derecha–, primer director de la Biblioteca, durante una reunión de trabajo.

tecas de la Universidad de Navarra.

La Biblioteca admite cualquier donación, siempre y cuando los libros se ajusten al perfil de documentos de una biblioteca universitaria. El espacio es limitado y es preciso hacer una selección previa. Actualmente el Fondo Antiguo dispone de numerosos documentos recibidos por legados y donaciones familiares como los manuscritos de **Cebrián Mezquita**, **Navarro Villos-**

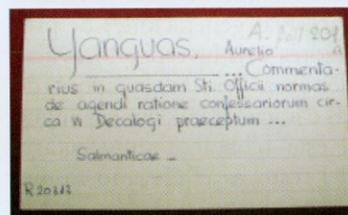
lada, **Ponce de León** o **Suárez Verdeguer**; las estampas de los legados de los profesores **Francisco Íñiguez Almech** y de **Luis Moya Blanco**, de temática variada; o de otras obras peculiares como el legado de **Ernestina de Champourcín** y de su marido, el escritor **Juan José Domenchina**; la colección de poesía de **Demetrio Castro**, *Recuerdos del tiempo viejo* de **José Zorrilla** (dedicada por el autor a la señora de **Modesto García de Alba**).

Hay además libros dedicados por personajes de la historia reciente como **Santiago Carrillo**, **Gonzalo Fernández de la Mora**, **Manuel Fraga Iribarne**, **José María Pemán** o **Mario Soares**.

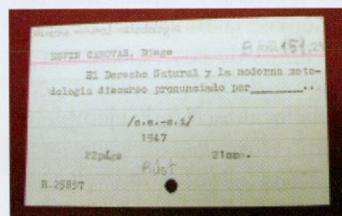
APOYO AL APRENDIZAJE

Actualmente son más de sesenta las personas que trabajan en el Servicio de Bibliotecas de la Universidad de Navarra en los distintos edificios habilitados para ello: Humanidades, que

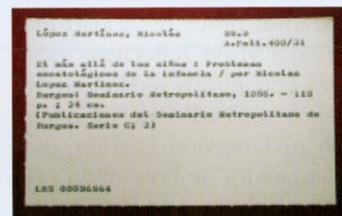
Evolución de las fichas



En 1961 las fichas se escribían a mano y con pluma estilográfica.



A partir de 1963, comienzan a realizarse en máquina de escribir.



En 1983 los listados, fichas y códigos de barras se imprimían electrónicamente.



Vista de la sala de estudio de los alumnos de la Biblioteca de Humanidades en período de exámenes.

recoge las secciones de Humanidades, ciencias Geográficas y Sociales; las salas de las Facultades de Estudios Eclesiásticos, Arquitectura y de la Clínica Universitaria; y Ciencias, situado junto a las Facultades de Medicina, Farmacia y Ciencias. Esta última ha sido remodelada en 2007 con la finalidad de amoldarse a las nuevas necesidades de la comunidad universitaria, tanto profesores como alumnos de grado y posgrado. **Rocío Serrano** asegura que “la Biblioteca pretende

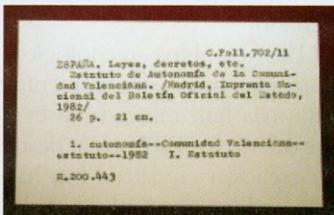
ser un apoyo al aprendizaje y a la investigación, por ello teníamos que adaptar el edificio por un lado a las nuevas tecnologías y, por otro a los nuevos planes de Bolonia”.

¿SÓLO DELANTE DE UN LIBRO?

En el año 2003, el Servicio de Bibliotecas se propuso ir adquiriendo las características de los Centros de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación (CRAI), sin perder el sentido de lo que significa una biblioteca. “Un CRAI –afirma **Ro-**

cío Serrano– pretende tener distintos ambientes y espacios para distintos tipos de trabajo, de modo que mientras unos estudian en silencio con un libro, otros hacen trabajos en grupo o emplean un ordenador”.

Pero además, esta adaptación al CRAI no sólo supone una modificación del espacio físico, sino que implica también un cambio en el acceso a los contenidos de las bibliotecas. Pone a disposición de los usuarios los documentos en formato electrónico. Una solu-



El ciclóstil fue un nuevo aparato para la reproducción de fichas.



Imagen de distintos sellos usados en la Biblioteca de la Universidad.



Los tejuelos, para los lomos, debían escribirse con letras y números claros.



Distintas imágenes de la Biblioteca Antigua de Humanidades de la Universidad de Navarra expuestas con motivo de haber alcanzado el libro un millón.

ción que resuelve el problema del espacio físico: “Hemos llegado a un punto en el que no vale con disponer del propio edificio. Muchas bibliotecas se sirven de anexos a sesenta kilómetros para hacer de almacén de libros porque no caben”, expone **Genoveva Arregui**. Sobre las ventajas de los recursos electrónicos, la subdirectora del Servicio de Bibliotecas argumenta que “es un sistema que resulta más fácil de actualizar y, además, por ejemplo, una revista que antes podía tardar dos meses en llegar, ahora está a disposición del usuario desde el mismo momento en que se publica”.

Juana Lajos, que además de bibliotecaria es vicepresiden-

ta de la Asociación Navarra de Bibliotecas (ASNABI), acepta los nuevos cambios electrónicos y es consciente del problema de espacio material con el que se encuentran las bibliotecas. Sin embargo, tiene algunas reticencias con este nuevo formato: “La visión de la biblioteca a través de la pantalla del ordenador es muy distinta de la que proporcionaba un fichero. Antes cuando no encontrábamos un libro, usábamos la lógica y al final aparecía. Ahora, como no se puede meter la mano en el ordenador y mirar en él...”.

De igual modo que la forma de buscar la información ha cambiado, también el modo de consultar o leer un libro. Por

ejemplo nunca será lo mismo disfrutar de una edición artística (como *Chamberí*, de **Pedro Mata** (1930), e ilustrada por **Federico Ribas Montenegro**; o *El sabor de la tierra*, de **José María de Pereda**, con ilustraciones de **Apeles Mestres** y grabados de **Celestino Verdaguier**, de 1884) con el libro en la mano que mediante un ordenador.

Los cambios tecnológicos han sido uno de los elementos que más han marcado la evolución de la Biblioteca desde su creación en 1961. No hay que olvidar que fue una de las primeras en informatizarse. Lo hizo en 1983 aplicando el sistema Dobis-libis, que en el año 2000 fue sustituido por el siste-

Incorporaciones

Desde el año 2000, y coincidiendo con el cambio del sistema Dobis-Libis al Innopac-Millennium, se han incorporado numerosas obras a la Biblioteca, entre las que se encuentran: *Constitución política de la Monarquía Española promulgada a 19 de marzo de 1812*, de 1822; *Antiquitatum Romanorum*, de 1713; *Architektur des Schlosses Johannisburg zu Aschaffenburg*, de 1916; *Idea de el Buen Pastor*, de 1685; *Observaciones sobre la Historia natural*, de 1795-1797; o *Sermones de tempore et de sanctis*, de 1495, que aparece en la fotografía.



ma Innopac-Millennium. A juicio de **Víctor Sanz**, actual director de la Biblioteca, este tipo de mejoras son constantes: “Hemos procurado continuar en esta línea que han iniciado los que nos han precedido, sin olvidar que nuestro objetivo no es acaparar protagonismo alguno, sino servir a la comunidad universitaria y colocar siempre al usuario (profesor, investigador, alumno personal de administración y servicios) en el centro de nuestra atención”.

FORMACIÓN DE USUARIOS

Pero junto a los medios materiales están los medios humanos. Y si algo distingue a la Biblioteca de la Universidad es la formación y atención que siempre ha ofrecido a los usuarios. “Recuerdo –dice **Juana Lajos**– que en cada planta había una mesa con una bibliotecaria. Atendía todas las necesidades que podían tener tanto profesores, como doctorandos y alumnos de grado. Desde la disposición de una mesa hasta la explicación de la distribución

de la Biblioteca o cómo buscar en el fichero”. Es verdad, hoy todo eso se ha simplificado. Lo que antes hacían personalmente, ahora se hace a través de la página web (www.unav.es/biblioteca) y mediante cursos por grupos, según el perfil del usuario o según la solicitud a la carta de un grupo concreto.

La buena memoria de **Juana** le permite recordar a muchas personas que pasaron por la Biblioteca. “Incluso algunos fueron primero alumnos, luego doctores y ahora son profesores. Cuando vuelven a la Biblioteca les hace mucha ilusión que les recuerdes, especialmente a los latinoamericanos”. Y añade: “Algunos acumulaban tantos libros que convertían su mesa en una réplica de la Biblioteca. Dejábamos tener un máximo de treinta libros, pero había quien acumulaba hasta ochenta, noventa ó cien libros”. Hoy, los programas informáticos de préstamo de libros han cambiado y no admiten que se acumulen más de los permitidos. Sin embargo, **Mayi Teillechea** recuerda que siempre

ha habido espacio para la picaresca. Cuenta que cuando se pusieron los detectores en las salidas de las salas de lectura había alumnos que recurrían a todo tipo de tretas para sacar el libro. Había quien incluso lo intentaba por la ventana. Algo que solía darse habitualmente en épocas de exámenes.

En estos casi cincuenta años de existencia, el Servicio de Bibliotecas ha crecido mucho, y la tendencia es a seguir creciendo, tanto en colecciones como en nuevos recursos electrónicos. Esto supondrá, tal y como destaca **Víctor Sanz**, un enriquecimiento de la investigación y de sus investigadores: “El reto que tenemos que afrontar en la Biblioteca es formar profesionales que estén al día en los avances tecnológicos, que identifiquen bien las necesidades de los usuarios para seleccionar y adquirir los recursos adecuados, que sepan orientarles tanto en la búsqueda de información como en la adquisición de las destrezas y habilidades necesarias para ello, que les serán imprescindibles a lo largo de su vida”.